

El problema del legado español en la discusión sobre la construcción de nación en la Colombia del siglo XIX: una lectura desde el género ensayístico

*Sebastián Camilo Moreno Gómez**

Resumen

Este artículo busca suscitar en el lector interés por la historia política y literaria de la Colombia del siglo XIX. Dentro de poco se celebrará el Bicentenario de la Independencia, motivo por el cual resulta importante volver sobre los asuntos que definieron la identidad y la cultura nacional de nuestro país. En este sentido, este artículo también busca que el lector entienda críticamente los procesos políticos del pasado para que sea consciente no solo de la eterna polarización que se ha vivido en nuestro país, sino también de la manera en que las clases dirigentes han dejado al pueblo en un segundo grado de importancia. De este modo, retomar los textos de autores como Simón Bolívar, Manuel María Madieto, Vicente Azuero, Salvador Camacho Roldán, José Manuel Restrepo y Miguel Antonio Caro, por ejemplo, en calidad de ensayistas, es una tarea que resulta interesante para entender el modo en que los colombianos de la época concibieron y postularon distintos modelos de configuración de la nación.

Palabras clave: Colombia siglo XIX, ensayo, historia literaria colombiana, historia política colombiana, idea de nación, legado español

Abstract

This article intends to invite the reader to be interested in the political and literary history of Colombia in the 19th century. Soon, the Bicentennial of Independence will be celebrated, which is why it is important to return to the issues that defined the national identity and culture of our country. In this sense, this article also intends that the reader critically understand the political processes of the past and be able to aware not only of the eternal polarization that has been experienced in our country, but also of the way in which the ruling classes have left the people in a second degree of importance. Thus, retaking the texts of authors such as Simón Bolívar, Manuel María Madieto, Vicente Azuero, Salvador Camacho Roldán, José Manuel Restrepo and Miguel Antonio Caro, for example, as essayists, is a task that is interesting to understand the way in which the Colombians of the time thought that the nation should be configured.

Keywords: colombian literary history, colombian 19th century, colombian political history, essay, idea of nation, spanish legacy

* Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Contacto: secmorenogo@unal.edu.co

Introducción

No sería errado afirmar que el ensayo fue el género más importante en la producción literaria de la Colombia¹ del siglo XIX. Este género, en el que los autores tienen una mayor posibilidad de desplegar de manera explícita su toma de posición, fue adoptado por diversos intelectuales decimonónicos que, a través de la divulgación de sus escritos en las publicaciones periódicas de la época, pusieron en el ambiente cultural colombiano las preocupaciones que más los inquietaban. De este modo, la prensa sirvió como uno de los espacios idóneos para presentar las diferentes discusiones y debates que sostuvieron sujetos con sistemas de valores y cosmovisiones diferentes, lo que produjo choques referentes a los aspectos sociales, políticos, económicos y culturales del país.

La Independencia fue uno de los acontecimientos más importantes para Colombia durante todo este

siglo. No obstante, es preciso entender que esta solo significó el primer paso en la intención de construir una nueva nación autónoma, pues haber permanecido bajo el dominio español durante más de trescientos años implicó que la cultura hispana hubiese permeado todas las esferas de vida de los colombianos e, incluso, repercutió de manera importante en las discusiones relativas a las posibles ideas de nación que se buscarían implementar en el nuevo país. Así, tiene sentido que se hubiera presentado una marcada polarización entre dos formas de relacionarse con el legado español: por un lado, una gran parte de la población, entre ellos ciertos intelectuales, tenían una visión tradicionalista de la vida, motivo por el cual deseaban mantener los lazos que los emparentaban con la tradición hispana; por el otro, algunos, más modernos si se quiere, buscaban distanciarse de este legado para organizar la nación tras asumir como base los principios ilustrados.

Los criollos y la Independencia: una reacción ante el legado español

Con lo anterior en mente, y con el objetivo de entender claramente el papel que tuvo el problema del legado español en la discusión acerca de la construcción de nación que se dio en la Colombia de la época, vale la pena iniciar por una breve explicación de la manera en que dicho legado español fue criticado durante las primeras décadas del siglo XIX. De esta suerte, no se pueden pasar por alto los motivos por los cuales los próceres de la Independencia rechazaron todo lo relacionado con el legado español. Uno de los mejores

ejemplos de esta actitud es el caso de Simón Bolívar, quien, en “Carta de Jamaica. Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla” (1815), deja claro que, para él, todo lo que ocurrió durante los más de tres siglos de Colonia fueron “barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas” (1990, p. 62). En el marco de su escrito, Bolívar hace evidente un vehemente resentimiento y odio hacia España y toda su cultura; en su opinión, el país ibérico era responsable de todos los hechos y aspectos

¹ Es bueno recordar que a lo largo de la historia nacional del siglo XIX, nuestro país cambió en varias ocasiones de nombre oficial: Gran Colombia (1819-1830), Estado de la Nueva Granada (1830-1832), República de la Nueva Granada (1832-1858), Confederación Granadina (1858-1861), Estados Unidos de Colombia (1861-1886) y República de Colombia (1886-). Para facilitar la lectura de este artículo he decidido hablar en todo momento de Colombia.

negativos que tuvieron lugar desde la conquista: “más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países” (p. 63).

Ahora bien, es menester tener en cuenta los motivos que llevaron a que, en los años previos a la Independencia, el descontento y resentimiento de los criollos hacia lo español aumentara. Antes de tomar el control político y económico de los territorios americanos tras los procesos independentistas, los criollos estuvieron subyugados no solo por la cultura española, sino también por la organización territorial y la toma de decisiones que se ejercían desde la Corona. Por ejemplo, Bolívar consideraba que el dominio español no solo fue negativo para los pueblos americanos al impedirles que se desarrollaran de manera autónoma, a través de su propia gente, sino también para la clase criolla al privarles del ejercicio de gobierno y, así, aprender a manejar y administrar una nación:

La América no sólo estaba privada de su libertad, sino también de la tiranía activa y dominante [...]. Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí porqué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues no nos era permitido ejercer funciones. (Bolívar, 1990, pp. 70-71)

Como se puede observar, los criollos no encontraban motivos para la Independencia únicamente en la dominación cultural con que había sido oprimido el pueblo colombiano durante la Colonia. Uno de sus principales intereses fue precisamente insistir en la idea de la capacidad de los locales de gobernarse a sí mismos y marcar una distancia necesaria, desde la perspectiva del criollo, con el pueblo. De este modo, tiene sentido que, para el grueso de la población colombiana, el hecho de independizarse de la Corona española no representara una transformación real en su calidad de vida. Los criollos, al parecer contagiados por los procesos revolucionarios de Norteamérica y Francia, se ilusionaron con una nueva organización estatal y territorial que les brindara una serie de beneficios que no podían garantizarse mientras se mantuviera vigente el régimen colonial. En este sentido, no se trataba de una revolución cuyo centro de interés fuera el pueblo. Manuel María Madiedo, en *Ideas fundamentales de los partidos políticos de la Nueva Granada* (1858), lo plantea en estos términos:

Todo se agitó aquí; porque todo se agitaba en el mundo. Era una época de combates, presidida por el genio de la guerra. Las armas vinieron a las manos sin saber cómo: era preciso agitarse, batirse, morir y cubrirse de gloria: porque esa era la ley providencial de esos tiempos.

Nuestro pueblo, como tantos pueblos de la tierra, se lanzó al combate por la libertad; luchó, murió y se cubrió del lauro de los héroes... ¿Supo lo que hizo? ¿Comprendió a los hombres que tocaron el clarín y le enseñaron el enemigo?

[...]

El pueblo, la masa, se puso a contemplar lo que había ganado en la sangrienta lucha de la Independencia [...]. Se encontró pobre, mutilado, explotado en su sangre para la guerra y en su sudor para la paz; y en medio de las más bellas leyes, los hombres por cuya libertad se había sacrificado, todavía lo llamaron la plebe, la canalla; y le dieron un puntapié cuando quiso ser algo, apenas algo más, que lo que había sido bajo los esbirros de la tiranía ultramarina. (1985, pp. 12; 13-14)

En la Independencia, así como había ocurrido en la Revolución francesa, la sangre del pueblo logró modificar el panorama político. Del mismo modo en que los burgueses, con el objetivo de establecerse como clase dominante, utilizaron la fuerza del pueblo para destruir el régimen monárquico, el deseo de los criollos de apoderarse de los escaños ocupados por los españoles se hizo realidad gracias al sacrificio de un pueblo falsamente ilusionado. Considero que la explicación que presenta Madiedo en su ensayo, coherente con su forma de entender el mundo, es un claro ejemplo de lo problemático que podía resultar vivir en un ambiente como el que experimentó el colombiano de la época.

Ahora bien, de la misma forma en que decide ir hacia atrás en el tiempo para evaluar el pasado y así comprender su presente, el cartagenero busca entender de qué manera se vio afectada la cultura colombiana tras la llegada de los españoles. Para Madiedo era importante conocer los motivos por los cuales la sociedad colombiana, una vez se había logrado la Independencia, seguía desarrollándose en un estado de barbarie constante. En este sentido, encuentra en el tipo de población hispana que arribó a América y en el modo en que se concretó la Colonia los motivos por los que la sociedad colombiana era caótica —o anómica, si se quiere—:

El colono español vino a vengarse a América de la tiranía que lo aquejaba en su patria. Las sombras de Carlos V y de Felipe II, tendidas a través del océano, se reflejaron sobre el mundo de Colón. ¿Podría ser de otro modo? La Europa no había visto la libertad sino como un fantasma en medio de las batallas de la República del 93. Antes, no había visto sino la lucha de dos tiranías: los castillos y los tronos. Esta no era cuestión de siervos: era una riña doméstica entre los amos: discusión sobre el metal o la forma de las cadenas de los pueblos. [...]. Es preciso ser justos. Los aventureros colonizadores eran, en lo general, hombres de la masa popular de España. Esa masa era entonces, bárbara y esclava en toda la Europa. ¿Por qué se ha de exigir que al pasar a América fuese una tropa de filósofos liberales? [...]. El hombre educado en la servidumbre, nada ve más allá de la tiranía en que ha sido amamantado. (Madiedo, 1985, p. 9)

Si bien, hoy día ya hay claridad respecto a lo exagerada que es la leyenda negra española, no se puede pasar por alto que la Corona española no fue igual de abierta a las ideas ilustradas que los franceses o ingleses, por ejemplo. Entonces, si a una concepción de vida tradicionalista y enteramente religiosa se suma el hecho de que los sujetos encargados de implementar la cultura hispana en el territorio americano eran parte de las clases más oprimidas, no puede ser una sorpresa que la realidad colombiana del siglo XIX tuviera componentes de barbarie. Esto resulta problemático para Madiedo porque incide directamente en el hecho de que el nuevo país no pueda entenderse u organizarse fácilmente a partir de los principios modernos. Así, tiene sentido que también se haya preocupado por entender uno de los aspectos más característicos del legado español, el cristianismo:

Los conquistadores trajeron aquí dos elementos contradictorios: la conquista y el cristianismo. La primera con todas sus deformidades de violencia, de ferocidad y de perfidia; el segundo con todos sus encantos íntimos; pero afeados por las sombras que arrojaba sobre su bella santidad, el ultraje flagrante de todos los derechos del hombre. Esta amalgama constituía una decrecencia de la civilización, una barbarie no natural, sino formada [...] [en la que no se encuentra sino] una brutalidad estúpida, carcomida por todas las letras que forman las desigualdades sociales. (1985, pp. 7-8)

Como se puede observar, Madiedo no es un sujeto que se entienda a sí mismo como ateo, pues valora positivamente al cristianismo — perfil, por demás, común en la mayoría de los intelectuales del siglo XIX colombiano —; sin embargo, su forma de entender y pensar la realidad no está basada en preceptos religiosos, sino que se trata de un

sujeto secular. Aquí se hace evidente su carácter moderno: por un lado, su consciencia histórica lo lleva a revisar los antecedentes para poder explicar su presente; por el otro, sale a flote su toma de posición con relación al ultraje de todos los derechos del hombre y las desigualdades sociales sufridas en el territorio colombiano. En otras palabras, hablamos de un sujeto cuyos presupuestos axiológicos son los de un pensador moderno en el estricto sentido de la palabra. Sin afirmar que exista un modelo unitario de intelectual moderno colombiano, es indudable que la secularización del pensamiento es uno de los aspectos principales que permite separar a los intelectuales de la época en dos grandes grupos: los tradicionalistas pro legado español y los modernos que se oponían a la herencia hispánica. Así, se comprende que, en su opinión, el mal accionar de los españoles durante los procesos de Conquista y Colonia fuera la causa principal de los problemas sociales, políticos y culturales de su época.

La cuestión religiosa en la política nacional

A partir de los ensayos de Bolívar y Madiedo es fácilmente identificable el surgimiento de los choques culturales posteriores a la Independencia que derivarían en una férrea y constante discusión respecto al tipo de nación desde el cual debería organizarse Colombia. En un primer momento, la Independencia logró expulsar a los españoles del poder, pero los criollos asumieron las mismas posiciones políticas y sociales, de forma tal que las modificaciones no fueron muy importantes en la vida del pueblo. Ahora bien, aquí no pretendo afirmar que la constancia en la desigualdad presente en el territorio colombiano, por ejemplo, haya sido el resultado de una decisión tomada de manera consciente

por los criollos que asumieron el control político del país. Más allá de lo dicho por Bolívar respecto a la incapacidad e inexperiencia en el manejo de los asuntos estatales, la explicación a los aspectos socioculturales que llevarían a que se perpetuaran ciertas prácticas políticas y sociales, como la barbarie, deben entenderse en clave histórica. De este modo, durante todo el siglo XIX, se volvió costumbre que los intelectuales revisaran la época de la Colonia para encontrar los motivos de los problemas de su siglo.

De cualquier modo, aquí es preciso hacer una claridad: si bien es cierto que, tal como lo expresó Bolívar en su ensayo, los criollos no tenían mayor

participación en el gobierno durante la colonia, esta no es la única causa por la que las naciones recién independizadas, en especial Colombia, no pudieron ser bien administradas. No se pueden pasar por alto dos aspectos que también acrecentaron los problemas en la administración de la nueva nación: la falta de recursos económicos y el asesinato sistemático del que fue víctima un gran número de intelectuales durante la década del diez. Vicente Azuero, al preocuparse por entender los motivos por los que el nuevo gobierno no respondía eficientemente a las necesidades del pueblo, centra su atención en el mencionado asesinato sistemático. Gracias a la lectura de “¿Nos será conveniente variar nuestra forma de gobierno?” (1822) podemos entender que lo que hoy día es conocido como la Patria Boba no fue más que el resultado de una estrategia española por impedir el buen gobierno de la que era su colonia:

La cuchilla española se cebó después, desde el año 1812 hasta el de 1819, en las gargantas de nuestros pocos hombres de Estado y de nuestros literatos y abogados. Hoy, en la sencilla y reducida administración que tenemos, faltan hombres para ocupar los destinos más indispensables. Apenas hay tres cortes de justicia en toda Colombia y un asesor en cada gobierno, y casi no se halla quienes sirvan estos destinos. Contemplamos, por otra parte, los apuros en que se habrán visto los electores para escoger los representantes de sus provincias ¿y es en tales momentos que sobre la administración general que ya tenemos y que es imposible disminuir, iremos a crear diez cuerpos legislativos más, diez gobiernos más independientes con sus correspondientes dotaciones, diez cortes de justicia, etc., etc.? (2010, pp. 136-137)

Es evidente que el aniquilamiento sistemático de los intelectuales colombianos a manos de los españoles fue producto de un deseo de estos últimos por evitar que su colonia pudiera independizarse y constituirse como nación. No obstante, el proceso independista sí se efectuó y logró la expulsión de los españoles, por lo que fue necesario poner en marcha una transformación de las formas de gobierno para establecer al nuevo país de manera autónoma. Por motivos más bien evidentes, este hecho modificó las preocupaciones de los intelectuales sobrevivientes, lo que, a su vez, propició un incremento en el número de ensayos que discutían las problemáticas más importantes referentes a la construcción de nación: encontrar y definir aquellos elementos que permitirían hacer de Colombia una nación fue una preocupación constante para los letrados. Esto generó una discusión entre aquellos que estaban a favor de las ideas liberales, principalmente las francesas y anglosajonas, y los que veían en el legado español la base fundamental para construir la idea de nación colombiana. Iván Padilla, en “La hispanidad en Colombia en el siglo XIX. Paradoja de la historia, elemento de la subjetividad nacional”, explica esta problemática y expresa que, tras la Independencia, el legado español fue el eje constitutivo de las discusiones nacionales:

La presencia española era innegable en la lengua, la religión y las costumbres, así como en un sistema de significados y valores incorporados en los monumentos, el arte y la literatura, entre otros elementos que hoy entendemos como la cultura.

[...]

En principio, el furor libertario condujo a la generación de 1810 a reclamar sus derechos civiles, pero no a cuestionar el espíritu español de la civilización neogranadina. La literatura de

este periodo demuestra que la independencia se reivindicó en nombre de los derechos del hombre y del buen ciudadano y no en nombre de una cultura o civilización diferente. (2010b, pp. 355-356)

Por obvias razones, dejar de lado el legado cultural español no era una tarea sencilla. Es más, muchos no tenían la intención de distanciarse de la tradición hispánica. El análisis de Padilla nos muestra que esta herencia repercutió no solo en los problemas políticos que se dieron durante y después de la Independencia, sino también, y especialmente, en los éticos. De manera paradójica, esta innegable presencia de la lengua española, del catolicismo y de las costumbres heredadas de la cultura española fue el hecho que enfrentó a los intelectuales colombianos.

Tras esto, es claro que, si se busca hacer un repaso del debate relativo a la construcción de nación en la Colombia del siglo XIX, es imposible pasar por alto la importancia del legado español. Si bien se podría llegar a pensar que la Independencia daría no solo una aparente libertad económica y política, sino que también repercutiría en el imaginario del pueblo, hay que entender que muchos de los aspectos españoles habían sido adoptados e interiorizados por el pueblo colombiano, motivo por el cual el grueso de la población ni siquiera se cuestionaba la necesidad o no de eliminarlos. La concepción de mundo del pueblo colombiano estaba altamente influida por la española, hecho que da cuenta de un fuerte colonialismo que rechazaba los principios ilustrados y se alejaba de un deseo de modernizar la nación.

En este sentido, el grado en que cada intelectual había adoptado los valores modernos es un punto fundamental para establecer la división entre aquellos que defendían el legado español,

al considerarlo pieza fundamental en la idea de nación de Colombia, y los que, por el contrario, veían esta herencia como negativa, motivo por el que querían eliminarla de la cultura nacional. Esta división de tomas de posición se puede entender, de una manera más sencilla, tras revisar la posición frente a la Iglesia católica. Como es sabido, uno de los elementos más fuertes en la cultura española es el catolicismo, que en la América-española fue instaurado como obligatorio. Salvador Camacho Roldán, en "Leyes de Tuición: Informe de las comisiones reunidas de negocios eclesiásticos en la convención de Rionegro (1863)", da a entender que el problema religioso ha sido el más importante no solo en el desarrollo de la nación colombiana, sino en la generalidad de los individuos y de los procesos sociales. En la introducción de su ensayo afirma que

las cuestiones religiosas han sido hasta el día las causas más graves de perturbación en el espíritu humano, de que han participado siempre, no sólo las clases ilustradas, sino, siempre y principalmente, por desgracia, las clases más desvalidas é ignorantes, á quienes la luz de la razón no puede llegar en toda su plenitud, en quienes más que las ideas dominan las pasiones, y para quienes la preocupación casi siempre es más poderosa que la verdad. (1893, p. 4)

Ahora bien, la intención de Camacho Roldán no es presentar una simple crítica al catolicismo, sino que pretende plantear una lucha ante la forma en que se había adoptado la práctica de la religión católica en el territorio colombiano:

La ilustración y la lectura de los libros sagrados está circunscrita aquí á un pequeño

número: en vez de ideas religiosas hay pasión religiosa llevada hasta la exageración; no hay discernimiento entre lo que es esencial como el dogma y lo que es variable como la disciplina; desde la creencia en un Dios hasta la adoración de las imágenes y el pago de los diezmos, todo es solidario, indivisible y sagrado en las creencias. La unidad indivisible de éstas, y su respeto universal por todos los hombres, están admitidos como el derecho inmanente de las clases pobres, como el bien que las consuela en medio de sus desgracias, y quizás también como la compensación única de la violencia que las clases superiores ejercen sobre ellas en las conmociones políticas. (1893, pp. 4-5)

Queda claro que la toma de posición respecto a la Iglesia católica es el punto que distancia radicalmente las dos formas de visión de mundo. En Colombia, esta diferencia fue tan importante que se erigió como el punto definitivo para la creación de los dos partidos políticos tradicionales que, a mediados del siglo XIX, ya se disputaban en exclusiva el dominio de la realidad política del país: el partido Conservador y el partido Liberal. No obstante, como bien se sabe, los dos partidos terminan siendo muy similares en sus concepciones políticas y en sus integrantes, pues, como explica Madiedo,

no son sino dos hijos de unos mismos padres, con unas mismas enseñanzas, con unas mismas ideas, que una vez huérfanos, se han disociado por razón de la herencia, EL PODER, y se han dado de puñaladas sobre la tumba de sus padres. (1985, p. 22)

De este modo, a través de la concepción de la Iglesia y su relación con el Estado se logran diferenciar los partidos políticos durante el siglo

XIX. La posición liberal es laica y anticlerical, mientras que la conservadora es católica y ve en la religión un elemento fundamental para establecer una idea de nación que tenga bases en el legado español, así como en sus costumbres, su moral y sus instituciones (Padilla, 2010b, pp. 357-358). En este mismo sentido, Padilla no evalúa esta dicotomía desde una concepción de gusto o no por lo español, sino que, para él, este aspecto es representativo de las diferentes concepciones de mundo:

En ambos casos [idea de nación de los dos partidos políticos], el proyecto de unidad es de tendencia europeizante, puesto que, en el caso conservador, se entiende lo nacional como una proyección de lo español y se trata de conservar y adaptar aquello que se consideraba esencial al modelo de los estados modernos, y en el liberal, se trata de adoptar el modelo político, religioso y económico anglosajón, con la intención de erradicar los elementos señoriales y coloniales entendidos como prueba del atraso y del despotismo. (2010a, p. 144)

Esta idea, según la cual el proyecto de nación es de tendencia europeizante, ya se podía observar en los debates de la época. Si bien la intención de los próceres de la Independencia y de los intelectuales de las décadas posteriores era lograr la autonomía política y económica de la nueva nación, es innegable que los puntos de partida fueron las experiencias y los procesos propios de los países europeos. Así, se entiende que, en “La cuestión de las razas” (1858), José María Samper plantee una división del mundo en dos razas morales:

la de los que quieren el progreso, con la libertad, y el derecho del hombre, por elementos; y la de los

que ó lo rechazan enteramente, ó lo quieren basado en la autoridad, el privilegio y la represión. La una es la raza *democrática*, que mira hácia adelante; la otra es la raza *absolutista*, ú oligarca, que mira hácia el pasado. (8 de noviembre de 1858, p. 2)

Es evidente que la división planteada por Samper puede parecer radical y simplista, pero vale la pena tener en cuenta que había pocos aspectos más importantes para la vida política colombiana que la discusión referente al tipo de organización social que debería tener el país. No en vano, entre los años 1821 y 1886, la lucha política llevó a que se promulgaran ocho constituciones nacionales. De este modo, para el caso colombiano, la distinción de razas que plantea Samper debe entenderse como la división entre los que defendían el mantenimiento de la relación Iglesia-Estado y los que no.

Lo anterior derivó en una serie de planteamientos críticos en los que algunos intelectuales decidieron dejar de manifiesto su toma de posición frente a la persecución que sufrió la Iglesia católica durante los gobiernos liberales. Esta persecución, que legalmente se presentaba como una búsqueda de libertad de cultos, era parte de una serie de medidas que, según Azuero, buscaban “que estuviese asegurada la independencia, que el pueblo amase la libertad, y que hubiese crecido en población, civilización y riquezas” (2010, p. 126). A mi modo de ver, no se puede dudar que este tipo de decisiones, estuvieran o no en línea con lo deseado por el pueblo colombiano, dan cuenta de un marcado deseo por parte de algunos intelectuales y políticos por abrazar la modernidad mental, social y técnica.

Lo problemático en este caso es que pretender la secularización y la laicidad de una sociedad como la colombiana del siglo XIX representaba una afrenta al sistema de valores de la mayoría

del pueblo. José Manuel Restrepo, en “Cuestión religiosa” (1853), afirma que el legado español, y por ende el catolicismo, son algo intrínseco al pueblo colombiano. Para Restrepo había mayoría absoluta de católicos en nuestro país: en su opinión, solo podía hablarse de un no católico por cada cien católicos. Azuero, por su parte, afirma que este dominio del catolicismo en el territorio colombiano se presentó por una influencia del clero católico en el poder civil, lo que impidió la presencia de más cultos. Esto era problemático, pues, para él, la “rivalidad de las religiones en otros países, es una garantía de la libertad de las creencias” (2010, p. 6). Ahora bien, más allá de los motivos por los cuales el catolicismo tenía una marcada presencia en el territorio colombiano, es innegable que buscar la secularización del Estado era una empresa sumamente difícil de concretar. De este modo, Restrepo afirma que las determinaciones del Partido Liberal llevaban a que el pueblo colombiano entrara en crisis. Al ser conservador, su concepción de mundo lo lleva a ver como absurda una separación del Estado y la Iglesia, ya que esta decisión afectaría negativamente las conciencias de las personas:

Entre tanto, las conciencias de la mayoría de los granadinos están turbadas y en gran tortura. Por una parte la potestad civil les dá leyes en que les prescribe ciertas acciones, y de la otra la Iglesia, por medio del Vicario de Jesucristo en la tierra y de los Obispos, les dice: “esas acciones son criminales y contrarias tanto á las leyes de la Iglesia Católica, como á vuestros deberes de conciencia.” ¿Qué hacer en esta perplejidad?... (1853, p. 695)

En un contexto en el que se hacía imperativo discutir estos temas de actualidad, y en el que se quería encontrar una idea de nación en la que los colombianos se reconocieran como

una comunidad que comparte un destino, el debate sobre la importancia de la hispanidad en Colombia necesariamente tiene mucha fuerza. Las discusiones transgreden los límites políticos y se hacen comunes a través de la publicación de ensayos en los periódicos. A partir del contexto sobre el que se desarrollan los textos traídos a colación anteriormente, se entrevé que la necesidad de hacerse a una idea de nación era fundamental para el desarrollo de Colombia como país, motivo por el cual el legado español era un factor determinante en este objetivo. Si bien es cierto que Colombia fue en su mayoría un país habitado por personas con axiología

católica, se encuentra que la concepción de Estado no siempre fue encaminada con esta forma de comprender el mundo. El dominio liberal de mediados del siglo XIX es un claro ejemplo de esto: dentro de sus repercusiones podemos subrayar el hecho de que se hayan concebido una buena cantidad de textos literarios que responden a ese presente. Los colombianos eran conscientes del presente en que vivían; y si bien se hacía necesario encontrar una concepción histórica del pueblo colombiano para hallar una idea de nación, esto no debía hacerse únicamente por dejar un resultado histórico, sino para guiar el camino futuro de la nación.

El triunfo conservador

Esta confrontación entre liberales y conservadores, o si se quiere entre modernos y tradicionales, tuvo un punto definitorio hacia el final del siglo XIX. Si bien aún se presentaban dos puntos de vista frente a la Iglesia y su relación con el Estado, la visión tradicionalista logró imponerse sobre la moderna. Esto es claro en el ensayo "Política nacional" (1887) de Miguel Antonio Caro, en el que afirma:

No pocos independientes y conservadores profesaban la teoría de la separación absoluta de la Iglesia y el Estado, y sin embargo han votado la concordia entre el Estado y la Iglesia, porque tal separación absoluta, con la enseñanza laica, y otras consecuencias inevitables, engendraba un conflicto permanente, incompatible con la tranquilidad social. (1990, p. 297)

Se puede entender que, más allá del proceso de Independencia, todo el siglo XIX brindó motivos para artistas e intelectuales. Se hacía precisa la

producción de textos literarios cuya intención no fuera entretener o escapar de la realidad de la época, sino también, y en especial, ayudar en la construcción de elementos en común para crear una identidad nacional del nuevo país. El ensayo fue, sin lugar a dudas, el género literario más importante durante el siglo XIX para Colombia, pero no el único. Un análisis en el que se entienda la concepción del legado español en la idea de nación a partir de obras dramáticas, poéticas y narrativas, aunque extenso y complejo, nos permitiría ampliar el entendimiento de esta problemática.

Esta tarea, que en ocasiones pareciera se ha pasado por alto de manera deliberada por una especie de rechazo al estudio de la producción intelectual y literaria del siglo XIX, no solo es fundamental para que podamos comprender nuestro pasado histórico, sino también, y en especial, para que seamos conscientes de que una serie de problemas socioculturales que aún en pleno siglo XXI seguimos sufriendo como colombianos, no son únicamente el resultado de

procesos actuales sino que se arrastran de tiempo atrás. Si bien, en nuestro presente la discusión sobre el legado español parece superada, no podemos obviar que, en buena medida, la visión de mundo del pueblo colombiano es heredada de la tradición hispánica. Por ejemplo, desde 1991 se afirma que Colombia es un país laico, no obs-

tante, debemos cuestionarnos por la veracidad de dicha afirmación en la práctica política y social del país. Considero fundamental que, al aproximarse el Bicentenario de la Independencia, se realicen esfuerzos conjuntos desde diferentes disciplinas para que, por fin, le demos la importancia necesaria al estudio de los problemas de nuestro país.

Referencias

- Azuero, V. (2010). ¿Nos será conveniente variar nuestra forma de gobierno? En C. Valderrama (ed.), *La propuesta federal* (pp. 123-160). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas.
- Bolívar, S. (1990). Carta de Jamaica. Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla. En S. Bolívar, *Escritos políticos* (pp. 61-84). Madrid: Alianza Editorial.
- Camacho, S. (1893). Leyes de Tuición: Informe de las comisiones reunidas de negocios eclesiásticos en la convención de Rionegro (1863). En S. Camacho, *Escritos varios* (pp. 3-34). Bogotá: Librería Colombiana.
- Caro, M. (1990). Política Nacional. En M. Caro, *Escritos políticos* (pp. 291-297). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Madiedo, M. (1985). *Ideas fundamentales de los partidos políticos de la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Incunables.
- Padilla, I. (2010a). Historicismo literario y americanismo católico hispanizante en las historias de las literaturas hispanoamericanas del siglo XIX. En C. Acosta (ed.), *Representaciones, identidad y ficciones: Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana* (pp. 123-188). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla, I. (2010b). La hispanidad en Colombia en el siglo XIX. Paradoja de la historia, elemento de la subjetividad nacional. En E. Torregroza y P. Ochoa (eds.), *Formas de Hispanidad* (pp. 355-366). Bogotá: Centro de Estudios Políticos e Internacionales (CEPI), Universidad del Rosario.
- Restrepo, J. (1 de abril de 1853). Cuestión religiosa. *El Catolicismo*, 81, 695-698.
- Samper, J. (8 de noviembre de 1858). La cuestión de las razas. *La América*, 17, 1-3.